

Del que vió cuando dormía
Edén de ventura eterno,
Y al despertar, un infierno
Que no imaginó jamás.

En el empíreo nublado
Flamea el sol colorado ;
Y en la llanura domina
La vaporosa calina,
El bochorno abrasador.
Brián sigue inmoble, y María
En formar se entretenía
De junco un denso tejido,
Que guardase á su querido
De la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento
Que al levantarse ó moverse
Hace animal corpulento,
Crujir la paja y romperse
De un cercano matorral.
Miró ¡oh terror! y acercarse
Vió con movimiento tardo,
Y hacia ella encaminarse
Lamiéndose, un tigre pardo
Tinto en sangre: atroz señal.

Cobrando ánimo al instante
Se alzó María arrogante,
En mano el puñal desnudo,
Vivo el mirar, y un escudo
Formó de su cuerpo á Brián.
Llegó la fiera inclemente ;
Clavó en ella vista ardiente,
Y á compasión ya movida,
Ó fascinada y herida
Por sus ojos y ademán,

Recta prosiguió el camino,

Y al arroyo cristalino
Se echó á nadar. ¡Oh amor tierno!
De lo más frágil y eterno
Se formó tu hermoso sér.
Siendo sólo afecto humano,
Chispa fugaz, tu grandeza,
Por impenetrable arcano,
Es celestial.— ¡Oh belleza!
No se anida tu poder.

En tus lágrimas, ni enojos ;
Sí en los sinceros arrojos
De tu corazón amante.
María en aquel instante
Se sobrepuso al terror,
Pero cayó sin sentido
Á conmoción tan violenta.
Bella como ángel dormido
La infeliz estaba, exenta
De tanto afán y dolor.

Entonces ¡ah! parecía
Que marchitado no había
La aridez de la congoja,
Que á lo más bello despoja,
Su frescura juvenil.
¡Venturosa si más largo
Hubiera sido su sueño!
Brián despierta del letargo:
Brilla matiz más risueño
En su rostro varonil.

Se sienta..... extático mira.....
Como el que en vela delira,
Lleva la mano á su frente
Sudorífera y ardiente.
¿Qué cosas su alma verá?
La luz noche le parece.
Tierra y cielo se oscurece,

Y rueda en un torbellino
De nubes.—Este camino
Lleno de espinas está:

Y la llanura, María,
¿No ves cuán triste y sombría!
¿Dónde vamos? — A la muerte.
—Triunfó la enemiga suerte.—
Dice delirando Brián.

— ¡Cuán caro mi amor te cuesta!
Y mi confianza funesta,
¡Cuánta fatiga y ultrajes!
Pero pronto los salvajes
Su deslealtad pagarán.—

Cobra María el sentido
Al oír de su querido
La voz, y en gozo nadando
Se incorpora, en él clavando
Su cariñosa mirada.
—Pensé dormías—la dice—
Y despertarte no quise;
Fuera mejor que durmieras
Y del bárbaro no oyeras
La estrepitosa llegada.

¿Sabes? Sus manos lavaron,
Con infernal regocijo,
En la sangre de mi hijo;
Mis valientes degollaron.
Como el huracán pasó,
Desolación vomitando,
Su vigilante perfidia.
Obra es del inícuo bando.....
¡Qué dirá la torpe envidia!
Ya mi gloria se eclipsó.

De paz con ellos estaba

Y en la villa descansaba.....
Oye, no te fies, vela.....
Lanza, caballo y espuela
Siempre lista has de tener.....
Mira donde me han traído.....
Atado estoy y ceñido,
No me es dado levantarme,
Ni valerte ni vengarme,
Ni batallar ni vencer.

¡Venga, venga mi caballo!
¡Mi caballo por la vida!
¡Venga mi lanza fornida,
Que yo basto á ese tropel!.....
Rodeado de picas me hallo.....
¡Paso, canalla traidora,
Que mi lanza vengadora
Castigo os dará cruel!

¿No mirais la polvareda
Que del llano se levanta?
¿No sentís lejos la planta
De los brutos retumar?
La tribus es, huyendo leda,
Como carnicero lobo,
Con los despojos del robo,
No de intrépido lidiar.

Mirad ardiendo la villa,
Y degollados dormidos
Nuestros hermanos queridos
Por la mano del infiel.
¡Oh mengua! ¡oh rabia! ¡oh mancilla!
¡Venga mi lanza ligero!
Mi caballo parejero
Dará alcance á ese tropel.—

Se alzó Brián enajenado,
Y su bigote erizado

Se mueve; chispean rojos,
Como centellas, sus ojos
Que hace el entusiasmo arder ;
El rostro y talante fiero,
Do resalta con viveza
El valor y la nobleza,
La majestad del guerrero
Acostumbrado á vencer.

Pero al punto desfallece.
Ella atónita enmudece :
Nó halla voz su sentimiento ;
En tan solemne momento
Flaquea su corazón.
El sol pálido declina:
En la cercana colina
Triscan las gamas y ciervos,
Y de caranchos y cuervos
Grazna la impura legión,

De cadáveres avara,
Cual si muerte presagiara,
Así la caterva estulta,
Vil el heroísmo insulta,
Que triunfante veneró.
María tiembla. Él alzando
La vista al cielo, y tomando
Con sus manos casi heladas
Las de su amiga adoradas,
Á su pecho las llevó,

Y con voz débil la dice:
—Oye: de Dios es arcano,
Que más tarde ó más temprano
Todos debemos morir.
Insensato el que maldice
La ley que á todos iguala:
Hoy el término señala
Á mi robusto vivir.

Resígnate; bien venida
Siempre, mi amor, fué la muerte
Para el bravo, para el fuerte,
Que á la patria y al honor
Joven consagró su vida.
¿Qué es ella? Una chispa, nada,
Con ese sol comparada,
Raudal vivo de esplendor.

La mía brilló un momento,
Pero á la patria sirviera ;
También mi sangre corriera
Por su gloria y libertad.
Lo que me da sentimiento
Es que de ti me separo,
Dejándote sin amparo
Aquí en esta soledad.

Otro premio merecía
Tu amor y espíritu brioso,
Y galardón más precioso
Te destinaba mi fe.
Pero ¡ay Dios! la suerte mía
De otro modo se eslabona ;
Hoy me arrancan la corona
Que insensato ambicioné.

¡ Si al menos la azul bandera
Sombra á mi cabeza diese !
Ó antes por la patria fuese
Aclamado vencedor !
¡ Oh destino ! ¡ quién pudiera
Morir en la lid, oyendo
El alarido y estruendo,
La trompeta y atambor !

Tal gloria no he conseguido:
Mis enemigos triunfaron ;
Pero mi orgullo no ajaron

Los favores del poder.
¡Qué importa! mi brazo ha sido
Terror del salvaje fiero:
Los Andes vieron mi acero
Con honor resplandecer.

¡Oh estrépito de las armas!
¡Oh embriaguez de la victoria!
¡Oh campos, soñada gloria!
¡Oh lances del combatir!
Inesperadas alarmas,
Patria, honor, objetos caros,
Ya no volveré á gozaros;
Joven yo debo morir.

Hoy es el aniversario
De mi primera batalla,
Y en torno á mí todo calla.....
Guarda en tu pecho mi amor,
Nadie llegue á tu santuario.....
Aves de presa parecen.
Ya mis ojos se oscurecen;
Pero allí baja un condor,

Y huye el enjambre insolente.
Adios, en vano te aflijo.....
Vive, vive para tu hijo.
Dios te impone ese deber.
Sigue, sigue al occidente
En trabajosa jornada.
Adios, en otra morada
Nos volveremos á ver.

Calló Brián, y en su querida,
Clavó mirada tan bella,
Tan profunda y dolorida,
Que toda el alma por ella
Al parecer exhaló.
El crepúsculo esparcía

En el desierto luz mustia.
Del corazón de María,
El desaliento y angustia,
Sólo el cielo penetró.

NOVENA PARTE.

María.

¿Qué hará María? En la tierra
Ya no se arraiga su vida.
¿Dónde irá? Su pecho encierra
Tan honda y vivaz herida,
Tanta congoja y pasión,
Que para ella es infecundo
Todo consuelo del mundo;
Burla horrible, su contento;
Su compasión, un tormento;
Su sonrisa, una irrisión;

¿Qué le importan sus placeres,
Su bullicio y vanagloria,
Si ella, entre todos los seres,
Como desechada escoria,
Lejos, olvidada está?
¿En qué corazón humano,
En qué límite del orbe,
El tesoro soberano,
Que sus potencias absorbe,
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,
Y una fresca sepultura
Encuentra; lecho postrero,
Que al cadáver del guerrero
Preparó el más tierno amor.
Sobre ella hincada María,
Muda, como estatua fría,

Inclinada la cabeza,
Semejaba á la tristeza
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos
Caen por los hombros tendidos,
Y sombrean de su frente,
Su cuello y rostro inocente,
La nevada palidez.
No suspira allí, ni llora;
Pero como ángel que implora,
Para miserias del suelo
Una mirada del cielo,
Hace esta sencilla prez:

—Ya en la tierra no existe
El poderoso brazo,
Donde hallaba regazo
Mi enamorada sien:
Tú ¡oh Dios! no permitiste
Que mi amor lo salvase;
Quisiste que volase
Donde florece el bien.

Abre, Señor, á su alma
Tu seno regalado:
Del bienaventurado
Reciba el galardón:
Encuentre allí la calma,
Encuentre allí la dicha,
Que busca en su desdicha,
Mi viudo corazón.—

Dice: un punto su sentido
Queda como sumergido.
Echa la postrer mirada
Sobre la tumba callada
Donde toda su alma está.
Mirada llena de vida;

Pero lánguida, abatida
Como la última vislumbre
De la agonizante lumbre
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;
Y tomando por la orilla
Del arroyo hacia el ocaso,
Con indiferente paso
Se encamina al parecer.
Pronto sale de aquel monte
De paja, y mira adelante
Ilimitado horizonte,
Llanura y cielo brillante,
Desierto y campo doquier.

¡Oh noche! ¡oh fúlgida estrella,
Luna solitaria y bella,
Sed benignas! El indicio
De vuestro influjo propicio
Siquiera una vez mostrad.
Bochornos, cálidos vientos,
Inconstantes elementos,
Preñados de temporales,
Apiadaos; fieras fatales,
Su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos
De los míseros humanos
Está el oculto destino,
Siquiera un rayo divino
Haz á su esperanza ver.
Vacilar, de alma sencilla,
Que resignada se humilla,
No hagas la fe acrisolada;
Susténtala en su jornada,
No la dejes perecer.

Adios, pajonal funesto,

Adios, pajonal amigo.
Se va ella sola. ¡ Cuán presto
De su júbilo, testigo,
De su luto fuiste ¡ oh Dios!
El sol y la llama impía
Marchitaron tu ufanía;
Pero hoy tumba de un soldado
Eres y asilo sagrado:
Pajonal glorioso, adiós!

Gózate; ya no se anidan
En ti las aves parleras,
Ni tu agua y sombra convidan
Sólo á los brutos y fieras:
Soberbio debes estar.
El valor y la hermosura,
Ligados por la ternura,
En ti hallaron refrigerio;
De su infortunio el misterio
Tú sólo puedes contar.

Gózate; votos ni ardores
De felices amadores
Tu esquividad no turbaron;
Sino voces que confiaron
Á tu silencio su mal.
En la noche tenebrosa,
Con los ásperos graznidos
De la legión ominosa,
Oirás ayes y gemidos:
Adiós, triste pajonal.

De tí María se aleja,
Y en tus soledades deja
Toda su alma; agradecido
El depósito querido
Guarda y conserva; quizá
Mano generosa y pía
Venga á pedírtelo un día:

Quizá la viva palabra
Un monumento le labra
Que el tiempo respetará—

Día y noche ella camina:
Y la estrella matutina
Caminando solitaria,
Sin articular plegaria,
Sin descansar ni dormir
La ve. En su planta desnuda
Brotó la sangre y chorrea;
Pero toda ella, sin duda,
Va absorta en la única idea
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.
Su garganta es viva fragua,
Un volcán su pensamiento;
Pero mar de hielo y agua
Refrigerio inútil es
Para el incendio que abriga;
Insensible á la fatiga,
Á cuanto ve indiferente,
Como mísera demente
Mueve sus heridos pies

Por el desierto. Adormida
Está su orgánica vida;
Pero la vida de su alma
Fomenta en sí aquella calma
Que sigue á la tempestad,
Cuando el ánimo cansado
Del afán violento y duro,
Al parecer resignado,
Se abisma en el fondo oscuro
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,
Fiebre lenta y devorante,

Ultimo efugio, suplicio
Del infierno, semejante
Á la postrer convulsión
De la víctima en tormento:
Trance que si dura un día
Anonada el pensamiento,
Encanece, ó deja fría
La sangre en el corazón.

Dos soles pasan. ¿Adónde
Tu poder ¡oh Dios! se esconde?
¿Está por ventura exhausto?
¿Más dolor en holocausto
Pide á una flaca mujer?
No; de la quieta llanura
Ya se remonta á la altura
Gritando el yajá.—Camina,
Oye la voz peregrina
Que te viene á socorrer.

¡ Oh ave de la Pampa hermosa,
Cómo te meces ufana!
Reina, sí, reina orgullosa
Eres, pero no tirana
Como el águila fatal:
Tuyo es también del espacio
El transparente palacio:
Si ella en las rocas se anida,
Tú en la esquivez escondida
De algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,
El huracán y el tronido
Ella busca, y deleite halla
En los campos de batalla:
Pero tú la tempestad,
Día y noche vigilante,
Anuncias al gaucho errante;
Tu grito es de buen presagio,

Al que asechanza ó naufragio
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
La voz del ave agorera,
Oye, María infelice.
— ¡ Alerta, alerta! — te dice;
— Aquí está tu salvación. —
¿ No la ves cómo en el aire
Balancea con donaire
Su cuerpo albo-ceniciento?
¿ No escuchas su ronco acento?
Corre á calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,
Ni el feliz reclamo escucha;
Y caminando va á prisa:
El demonio con que lucha
La turba, impele y amaga.
Turbios, confusos y rojos
Se presentan á sus ojos
Cielo, espacio, sol, verdura,
Quieta, insondable llanura
Donde sin brújula vaga.

Mas, ¡ ah! que en vivos corceles
Un grupo de hombres armados
Se acerca. ¿ Serán infieles,
Enemigos? No: soldados
Son del desdichado Brián.
Llegan, su vista se pasma;
Ya no es la mujer hermosa,
Sino pálida fantasma;
Mas reconocen la esposa
De su fuerte capitán.

Creíanla cautiva ó muerta;
Grande fué su regocijo.
Ella los mira y despierta.